

A CUANTOS LO ACOGIERON, LES DIO PODER DE SER HIJOS DE DIOS (JUAN 1, 12)

INTRODUCCIÓN AL CURSO PASTORAL 2009-2010
Septiembre 2009

Mis queridos Hermanos y Amigos todos:

Empieza un nuevo Curso Pastoral y nos aprestamos todos a renovar nuestro empeño en responder al Amor que Dios nos tiene. Ese Amor nos impulsa a seguir viviendo como creyentes en Cristo, hijos de la Iglesia en la Familia de la Comunidad Diocesana, y dispuestos a que con nuestras vidas y nuestras palabras llegue a todos la Buena Noticia. El Amor de Dios, a través de nuestro testimonio, es fuerza renovadora de la sociedad en la que vivimos.

Nos propusimos como Objetivo general para estos años pensar, rezar y trabajar para vivir y transmitir la fe más intensamente y con más fidelidad y ahínco. Le pusimos nombre a este nuestro Objetivo: CREYENTES EN CRISTO PARA SER SUS TESTIGOS. En estos dos últimos cursos hemos tratado de asimilar mejor que ser creyente y testigo suponía ABRIR LAS PUERTAS de nuestro corazón y nuestra vida a Cristo, a los Hermanos en la Iglesia y a todos. Nos hemos mirado a nosotros mismos, y nos hemos sentido necesitados de ACERCARNOS más a Jesús, acercarnos más a la Comunidad Iglesia, a los Hermanos, y a todos los que pasan, a veces heridos o excluidos de la vida. Para el presente Curso que ahora empezamos la palabra que lo resume todo es ACOGER. En el fondo siempre estamos haciendo los mismos movimientos, porque siempre estamos buscando la misma cosa: ser más evangélicos para ser mejores evangelizadores.

Si unimos y sumamos lo que estos verbos expresan y nos invitan a buscar, resulta una imagen de Creyente y de Comunidad eclesial preciosa: una Iglesia de *puertas abiertas*, una Iglesia que vive en su interior la *cercanía* de corazón como estilo de vida y como tarea, y una Iglesia *acogedora*. Las tres Catequesis que se ofrecen como material de trabajo nos quieren ayudar a reflexionar, a rezar y a vivir la ACOGIDA como una realidad rica en matices distintos que hemos de descubrir y profundizar. La propuesta se traduce en un lema: ¡ACOGE AL QUE SE ACERCA! ¡ACÉRCALO A CRISTO! Está expresando el doble movimiento de la invitación: pensar ante todo en cuantos están ‘cerca’ de la Iglesia, pero no dentro en realidad; y pensar en que el testimonio de nuestra vida y nuestra propuesta explícita sirva para acercarnos juntos más a Cristo en su Iglesia. Con la reflexión que les ofrezco en estas páginas sólo pretendo presentar una meditación previa para animar en clave espiritual, y al mismo tiempo, ofrecer algunas sugerencias prácticas para la vida concreta.

EL TEMA DE LA ACOGIDA NO ES UN TEMA BANAL.

No se trata de un capítulo o un punto, menor o mayor, de un manual de educación aplicado a la pastoral: tenemos que ser acogedores, nuestras parroquias deben

ser atractivos y hospitalarios. Por supuesto que tenemos que ser acogedores; tendremos que preguntarnos muy seriamente si no somos en ocasiones demasiado rudo, faltos de cortesía y afabilidad. Pero debemos reflexionar y profundizar sobre las implicaciones, los presupuestos y las consecuencias de la acogida.

UN HILO CONDUCTOR QUE RECORRE TODO EL EVANGELIO.

El tema tiene tal trascendencia que en realidad marca la vida y la obra del Hijo de Dios, es como un hilo conductor que recorre todo el Evangelio: Jesús es el rechazado. En el prólogo del Evangelio de Juan, cuando se nos resumen y adelantan todos los temas que serán desarrollados en las páginas que siguen, se nos habla de que la Palabra de Dios, que desde siempre es Dios, estaba en el mundo, porque el mundo se hizo por medio de él. Todo llevaba su sello y su imagen, y por eso era ‘suyo’ en un sentido muy profundo. Y sin embargo ‘el mundo no lo conoció’, ‘vino a su casa, y los suyos no lo acogieron’. Ciertamente no fueron todos los que negaron esta acogida, pues hubo quienes sí lo acogieron, y ‘a los que le acogieron les dio poder de ser hijos de Dios’. Este contraste, este conflicto atraviesa todas las páginas del texto de Juan, clasificando en cierto modo a las personas que se acercan a Jesús. Pero en realidad este conflicto atraviesa también el corazón mismo de los creyentes, de todos los creyentes. No se trata de un posicionamiento que define los bandos sin más ni más, sino de un movimiento por el que cada uno se siente siempre confrontado a acoger a Jesús, su palabra y su obra, y a estar siempre en tensión para no instalarse en la duda, la perplejidad, o el cansancio y la falta de fe. En el Evangelio de Juan lo siguen y lo abandonan los oyentes en cada página. La expresión “muchos creyeron en él” es tan frecuente como “volverse atrás” o “recoger piedras para apedrearle”. De hecho, incluso los que con Pedro pueden decir. “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna, nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Juan 6, 68-69), lo abandonarán y huirán. Pedro lo seguirá de lejos después del prendimiento en el huerto para negarlo en seguida. Al pie de la cruz María, la Madre, unas pocas mujeres y el discípulo. “Vino a los suyos y los suyos no lo acogieron”.

El tema no es exclusivo de Juan. Lucas nos cuenta cómo y dónde inicia Jesús su ministerio público, leyendo a Isaías en la sinagoga de Nazaret; y nos relata cómo todos al oírle “le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca”. Pero unas líneas más abajo, en el mismo lugar y momento, ya leemos que “todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio con intención de despeñarlo” (Luc 4, 22-29). Mateo concentrará en el final del ministerio público de Jesús sus lamentos y juicios sobre el rechazo de su ‘visita’, hasta aquella cariñosa queja dolorida del Maestro: ¡Jerusalén, Jerusalén!, cuantas veces intenté reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los polluelos bajo sus alas y no habéis querido” (Mat 23, 37).

EL ABRAZO DE LA CRUZ, EL ABRAZO DE LA VIDA CADA DÍA

El rechazo que el hombre hace de Dios es el rechazo del Hijo, un rechazo por el que terminamos sacándolo de la ciudad y llevándolo a la Cruz. Pero esa Cruz se convierte en realidad en el gran abrazo de Dios al hombre. Los brazos abiertos de Jesús de Nazaret en el Calvario acogen en el corazón de Dios a todo el que quiere entrar.

Visto desde nosotros el texto del Evangelio es la historia de un progresivo rechazo hasta el final de la Cruz, visto desde Cristo, la historia cambia totalmente de signo y es una permanente, total y misericordiosa acogida, hasta el abrazo final de la Cruz. A lo largo del Evangelio y hasta su final es Jesús quien mantiene permanentemente abierta la puerta de su corazón y de su vida con la acogida más amplia y total. Los letrados y fariseos le juzgarán precisamente por esa acogida: “*Ese acoge a los pecadores y come con ellos*” (Luc 15, 2), y entenderán que en su actuación concreta Él es el padre misericordioso que sale de la casa en busca del hijo que marchó lejos, y que ahora les está invitando a entrar a ellos. No pone condición alguna para entrar en el banquete, pero sólo entrarán quienes sean capaces de comprender que quien está dentro es un hermano y no un extraño pecador. Los oyentes entienden lo que está proponiendo, pero no comprenden ni aceptan la misericordia que se hace acogida fraternal.

UNA ACOGIDA QUE INVITA Y PROVOCA EL CAMBIO

La acogida de Jesús es total y además transforma al acogido, no es un abrazo neutro como simple invitación a entrar. El encuentro acogedor del Maestro cambia al que responde a la acogida con la acogida. Lucas nos cuenta que tras la llamada que Jesús hace a Leví (Mateo), éste le ofrece en su casa un gran banquete, al que se suma un gran número de publicanos. En la festividad de San Mateo leíamos este comentario precioso de San Beda el Venerable¹: “*Pero si deseamos penetrar más profundamente el significado de estos hechos debemos observar que Mateo no sólo ofreció al Señor un banquete corporal en su casa terrena, sino que le preparó, por su fe y por su amor, otro banquete mucho más grande en la casa de su interior, según aquellas palabras del Apocalipsis: Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y abre, entraré y comeremos juntos.*”

Nosotros escuchamos su voz, le abrimos la puerta y lo recibimos en nuestra casa, cuando de buen grado prestamos nuestro asentimiento a sus advertencias, ya vengan desde fuera, ya desde dentro, y ponemos por obra lo que conocemos que es voluntad suya. El entra para comer con nosotros, y nosotros con él, porque, por el don de su amor, habita en el corazón de los elegidos, para saciarlos con la luz de su continua presencia, haciendo que sus deseos tiendan cada vez más hacia las cosas celestiales y deleitándose él mismo en estos deseos como en un manjar sabrosísimo”

Podemos multiplicar el repaso de estos encuentros acogedores de Jesús, en los que comprendemos al mismo tiempo su amplitud incondicional, y la transformación que invita a asumir y que provoca en el que es acogido: la Samaritana no comprende cómo un judío se dirige a ella, le habla y le pide de beber, pero al final del encuentro la mujer de Siquem ha comprendido y asumido muchas cosas del Maestro. Zaqueo acoge a Jesús en su casa, porque Jesús lo ha acogido primero en su corazón al invitarse él mismo a pesar de las previsibles y reales críticas de todos; pero la acogida de Zaqueo en su casa es sólo el principio de un giro total en el enfoque y la marcha de su vida. La mujer adúltera será liberada por Jesús de las piedras y del odio que las lanza, pero su acogida salvadora busca e invita al cambio de vida: “*Vete y en adelante no peques más*”. (Juan 8, 1ss). Es precisamente lo que no está dispuesto a hacer el joven rico, tan lleno de mani-

¹ San Beda el Venerable, Doctor de la Iglesia, monje de los ss. VII-VIII, es el primer gran escritor de la Inglaterra medieval

fiestas buenas voluntades: ¿qué he de hacer? Jesús, fijando en él la mirada, le amó, y le dijo la verdad: que le faltaba algo, o mejor, que le sobraba mucho, y le invitó a seguirlo; pero el joven se marchó triste porque no quería aceptar la verdad en su vida: la acogida de Jesús no encontró la respuesta del cambio de vida (cf. Mac 10, 17ss). Para el banquete del hijo del rey las puertas están abiertas, y la invitación pregonada, pero se puede faltar por no responder a la llamada acogedora, o por presentarse indebidamente sin respetar la propuesta que hay en la acogida (cf. Mt 22, 1-14).

MARÍA, LA ACOGIDA, LA MADRE ACOGEDORA.

Las reflexiones que ofrecí en la homilía de la Solemnidad de la Virgen del Pino pueden servirnos también para entender y vivir este gran misterio de la Acogida que Dios nos brinda y que nos encarga como tarea. María, una sencilla joven del pueblo de Israel, sin títulos que destacar para que nadie se fije en ella, se sabe y se siente acogida por Dios. Y lo canta y lo grita con gozo: “*¡Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador! Ha mirado la pequeñez de su esclava*”. El canto del Magníficat subraya el motivo profundo de su alegría: “No soy nadie, no cuento nada para nadie, y, sin embargo, Dios se ha fijado en mí”. La acogida que siente María de Nazaret llena su vida de sentido y de alegría.

Hay una gran paradoja en la actuación y en las palabras de María: ella llama a Dios grande y poderoso, pero subraya que su grandeza consiste precisamente en que se fija en la humillación, en la pequeñez de los que no cuentan para nadie, y su poder estriba en que se acuerda de su misericordia y hace que su misericordia llegue a todos. Esto es lo que canta María en su oración: la gran acogida que Dios le ha ofrecido.

Y la respuesta de María a esa acogida de Dios es la acogida de su voluntad en su corazón, y la acogida de Dios mismo en su seno para darle su carne y su vida. “*Hágase en mí según tu palabra*”. “*Y la Palabra se hizo carne*”. Como recordaba al inicio: ‘vino a su casa, y los suyos no lo acogieron’. Hubo quien sí lo acogió; y ‘*a los que le acogieron les dio poder de ser hijos de Dios*’. María, hija del Padre Dios, precisamente como Madre del Hijo que acoge en sus entrañas.

María recibió el primer anuncio en Nazaret, un anuncio que la convirtió en Madre del Hijo de Dios. Pero Jesús su Hijo le hizo desde la Cruz el segundo anuncio: “*¡Mujer! ahí tienes a tu hijo*”. Y aceptó como hijos a los hermanos de su Hijo, salvados por su Muerte y Resurrección; nos acogió como hijos justo en el momento en el que los brazos abiertos de Jesús nos mostraban la puerta de acceso al corazón del Padre. Y en ese anuncio de Jesús hay una palabra para nosotros: “*Ahí tienes a tu madre*”. La respuesta del discípulo no se expresó con palabras: “*Desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio*”, la acogió en su casa.

En verdad que el tema de la acogida no es un tema banal. Expresa todo el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y de la Redención del hombre pecador, contiene en sí mismo el don que hace nacer la Iglesia y la tarea que configura su misión.

ALGUNAS SUGERENCIAS SOBRE ESPACIOS DE ACOGIDA, Y DESTINATARIOS DE LA ACOGIDA

Cada parroquia, cada comunidad, cada grupo y cada creyente sabrá buscar y encontrará lo que Dios le está ofreciendo y le está pidiendo a través de este hermoso objetivo del curso pastoral. Sólo quisiera terminar esta reflexión en clave espiritual animándoles a esta tarea de búsqueda y compromiso, y ofreciéndoles como un sencillo recordatorio de espacios y destinatarios de acogida. Seguro que todos, con la ayuda de los materiales que se ofrecen, sabrán completar estas indicaciones y aplicarlas a cada sitio concreto con acierto:

1.- La comunidad. Sí, la comunidad misma debe hacerse acogedora. Y esto no en abstracto, sino en concreto: la comunidad reunida en asamblea cristiana celebrante, en el domingo, el Día del Señor. Los bancos vacíos de quienes se fueron, o de quienes nunca entraron, deben ser un permanente estímulo para encontrar formas de invitación, propuesta y acogida. Pensemos en los jóvenes, en los niños, en las familias.

2.- El confesionario. *“Este acoge a los pecadores y come con ellos”*, se decía de Jesús. La reconciliación penitencial es el lugar de la acogida: del pecador en la amistad con Dios, del pecador en la asamblea cristiana. Creo que debemos dedicar a este tema una reflexión más detenida y profunda, pero todos podríamos revisarnos sobre este punto: los sacerdotes y los fieles, por el lugar que ocupa este Sacramento en nuestra vida de creyentes y de pastores.

3.- La Catequesis. Mucho se está haciendo desde hace mucho tiempo, y bien, en este campo. Y quizás debamos intensificar nuestros esfuerzos en la línea de una Catequesis que invita y acoge a los padres. Sin abarcar a toda la familia en la oferta, la catequesis infantil y juvenil queda siempre falta de vigor y de horizonte.

4.- El Despacho parroquial. En la vida de hoy hay muchos trámites que hacer que nos obligan a visitar despachos y oficinas. Seguramente el despacho parroquial debería distinguirse por algunas connotaciones especiales en este mundo de burocracia. Para muchos es el primer, y quizás el único contacto con la Iglesia. Para todos es la primera puerta de acogida de la comunidad parroquial.

5.- El Despacho o locales de Cáritas. A las puertas de la Iglesia, continuamente pero ahora en especial por la emigración y por la situación de crisis económica, llegan y llaman muchas manos y muchas necesidades. Unas hermosas palabras de Benedicto XVI muestra el estilo propio de la respuesta que se espera: *“Los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad”* (Deus Caritas est 31).

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

✠ Francisco, Obispo